

# EL TRABAJO Y DON QUIJOTE (\*)

## I

EL trabajo es uno de los temas sobre el que más han especulado los hombres de todos los tiempos y países, y aún habrán de especular mucho más. Prescindiendo de los distintos puntos de vista desde los que puede estudiársele, industrial, artístico y científico, unos le consideran como un dolor y otros como un placer. Es indudable que existen trabajos penosos, que si se hacen con libertad y por capricho resultan agradables para el que los ejecuta, tal como el de Don Quijote. Por el contrario, existen otros fáciles que si se nos imponen, sobre todo con rigidez, resultan insufribles: como es el de Sancho en ciertos momentos. Ante tal divergencia de opiniones, que son verdaderas realidades, a nosotros, en esta ocasión, no nos interesa más que distinguir *grosso modo* entre el trabajo que se realizaba en España en los días que vivió Cervantes y el que se realiza en la España de hoy, para, una vez establecida esta diferencia, hacer algunas consideraciones sobre el mismo.

De todos es sabido cómo el trabajo en la antigüedad y

---

(\*) Destinado este artículo a la conmemoración del centenario de Cervantes, aparece con un retraso imputable a fuerza mayor. Tanto el autor como la Redacción de la Revista esperan de la gentileza de los lectores disculpen el retraso, teniendo en cuenta que el tema del *Quijote* y los comentarios al mismo, en España y entre españoles, son siempre de actualidad.

una buena parte de la alta Edad Media era ejecutado casi exclusivamente por esclavos. Más tarde, merced a los privilegios reales y la organización de los gremios, al llegar éstos a su apogeo, adquiere una consideración y unos derechos que hasta entonces no tuvo. Las instituciones que surgen, primero en algunas de aquellas viejas ciudades: Santiago, León, Burgos, Segovia, y más tarde en Valencia, Sevilla, Granada, para fomentar sus industrias típicas, dan lugar a una nueva clase social que, mezclada con las demás, interviene en la administración pública, ocupando cargos honoríficos y celebrando fiestas civiles y religiosas con extraordinario esplendor. Esto no obstante, todavía por entonces ni al trabajador ni al trabajo manual se les da toda la importancia que tienen en la vida social.

Ya en 1604, las Cortes valencianas, quizá como consecuencia de los abusos de las *Germanías*, pidieron al Rey la revisión de las Ordenanzas de Oficios, que, en muchos casos, debían ser autorizadas por los Ayuntamientos. Poco a poco se uniformiza la legislación gremial, creándose, en 1679, un órgano superior, la *Junta de Comercio y Moneda*, una de cuyas misiones era aprobar y corregir las reglamentaciones de aquéllos, con lo cual los gremios empiezan a perder importancia. Más tarde, como es sabido, éstos, ya anquilosados y defectuosos, se disuelven o paralizan hasta llegar un momento en que su extinción coincide con el invento de la máquina, y con ella la aparición del proletariado moderno.

Paralelamente a este suceso trascendental, el Imperio, de Carlos I a Carlos II, se derrumba desde su más alto poderío hasta su más profunda decadencia. A ello contribuyen multitud de causas, muchas de las cuales se apuntan en el *Quijote* de modo más o menos preciso, y otras se especifican

en el *Memorial* del franciscano Luis Miranda al Consejo de Estado. Pero como motivo principal ha de contarse el tremendo error financiero, muy común por entonces, y aun hoy, de que el oro era la riqueza de la nación, con lo cual el que venía de América, en lugar de emplearlo en crear trabajo se empleó en gastos de guerra en países lejanos, con grave quebranto de nuestra economía. La historia maravillosa de los Austrias, con sus grandezas y sus miserias, es altamente aleccionadora en este sentido, siendo notoria su influencia en la elaboración del *Quijote*, que con espíritu borbón jamás hubiera podido escribirse.

Como resultado de todos estos influjos, por falta de brazos, calamidad aumentada con la expulsión de un millón de moriscos, decae la agricultura, nuestra principal riqueza, y aparece el hambre, acentuándose el vagabundaje en términos insospechados: mendigos, peregrinos, gitanos y extranjeros, sin oficio ni beneficio, pero con mala condición, circulan por España a sus anchas. Se rehuye el trabajo manual dando lugar a varias Pragmáticas represivas que no se cumplen; y el mismo Cervantes nos dice: «que muchos hijos de buenos padres profesan la vida picaresca, y hasta en las almadrabas de Zahara (uno de los más famosos centros de vagabundos, pícaros y hampones) van o envían muchos de aquéllos a buscar a sus hijos y los hallan; y tanto sienten éstos que les saquen de ella como si les llevaran a la muerte».

A mediados del siglo XVII la miseria se extiende y ahonda, sobre todo en su final, según afirmó, en 1665, con su voto uno de los Regidores de Sevilla, don Andrés de Herrera, y confirman las actas de Cortes de tiempos de Felipe III y IV. La escasez de trigo fué tanta que dió lugar a motines tan graves como el ocurrido en Sevilla en 1652, que duró vein-

tiún días y hubo de castigarse con dureza. Lo mismo ocurrió en Barcelona a fines del siglo XVIII, según los dietarios municipales, y en otros muchos lugares de España, siendo curiosa la analogía de algunos de los remedios que entonces se utilizaron y los que se utilizan hoy: tasas, limitaciones, racionalización, etc., etc.

Por entonces, la única actividad próspera y genuinamente nacional es la ganadería, y en especial la trashumante, protegida por la serie de privilegios de la Mesta, que la hacen dueña y soberana de las principales tierras y caminos de España, con grave perjuicio de la agricultura. Exceptuando en unas cuantas ciudades, apenas existen industrias propiamente dichas, y, por lo tanto, trabajadores distintos de los pastores y labriegos que habitan en los campos y aldeas. Pero lo mismo en los pueblos del Norte que en los del Sur, es muy corriente la abundancia del tipo de hidalgo que prefiere pasar hambre antes que trabajar, contemplando impasible el eterno devenir de las cosas entre la vida y la muerte. También existe una clase media entre el pueblo y la alta aristocracia, que perduró hasta fines del siglo pasado, en la que el hijo mayor se dedica a la milicia, el segundo a la Iglesia y el más torpe se destina a labrador; a industrial o comerciante, ninguno. Esta clase media de nobleza rural, con muy escasas excepciones, vive orgullosa y apartada de la Corte, procurando conservar sus privilegios o emigrando a América, en donde fundaron nuevas estirpes y se renovaron en un nuevo ambiente las viejas.

Sólo en algunas capitales aparecen manifestaciones industriales o mercantiles que merezcan citarse, tal como las de Cataluña y Aragón, Vascongadas, Galicia, Cuenca, Sevilla y Cádiz, la de paños de Segovia, Guadalajara y la de Béjar

(esta última sostenida, excepcionalmente, por los familiares de un protector de Cervantes); las de seda de Málaga, Almería y Valencia; la de tapices y guadamacileros granadinos, las de loza de Alcora y Talavera, boneteros de Toledo, y, en muchas ciudades históricas, en torno a su catedral, la de orfebrería, bordadores, batihojas y tallistas, etc., etc. Como industrias de mayor categoría debemos citar la pesquera en el Sur, en especial la de atún, de importancia considerable, aunque mal explotada, y algo de la antigua minería en Riotinto y Almadén, y otros puntos.

Es muy difícil calcular con acierto el censo que tiene España en aquellos días, puesto que el de Felipe II, mandado hacer en 1574, o sean las *Relaciones Topográficas* (muy bien orientadas, pero demasiado detallistas), no se cumplimentaron más que en escasas provincias, y no siempre con el debido celo; pero se sabe con certeza que en las Cortes de 1571 se quejaron de la despoblación de Andalucía, a la vez que aluden a la de Castilla, aunque existen datos en contrario, y desde 1600 son unánimes las lamentaciones sobre este particular, como consta en las Cortes de Valladolid de 1602, según Altamira. De todos modos, y sin temor a un grave error, los habitantes de España por entonces pueden calcularse en siete millones, de los que únicamente menos de uno corresponde a verdaderos obreros, repartidos en las tres principales profesiones: pesca, agricultura y ganadería, aunque con posterioridad continuó descendiendo su número, como lo comprueban de modo indubitado las medidas que hubieron de tomarse para evitarlo.

Lo inseguro de los caminos, a pesar de la Santa Hermandad, la tendencia innata entre nosotros a la guerrilla y la miseria y desorganización de aquella España de los últimos

Absburgos, tan ajetreada y confusa, dieron lugar a la aparición del bandidaje. Por eso, como nos dice Cervantes, los mercaderes toledanos cuando iban a Murcia en busca de seda, a pesar de que ellos eran seis, llevaban cuatro criados a caballo, amén de tres mozos de mulas, todos ellos convenientemente armados; y el canónigo de Toledo que acompañó a Don Quijote, cuando el cura y el barbero le vuelven a su casa, también llevaba varios criados armados. Aquel peligro endémico y manifiesto fué el que seguramente quiso acentuar Cervantes presentándonos a Roque Guinart como un ejemplar del bandido generoso, caballero andante al revés, que entonces, como hoy, inspira al pueblo una sincera admiración por el riesgo y ventura de su vida.

## II

Como es sabido, a Miguel de Cervantes Saavedra, hijo de un médico cirujano de débil voluntad, entre curandero y médico de Universidad, según Rodríguez Marín, que no logró gran clientela en ninguna de las ciudades que recorriera, y de una madre enérgica y decidida, que a fuerza de ruegos y gestiones logró libertarle de Argel, se le bautiza el 9 de octubre de 1547 en la Iglesia Parroquial de Santa María, de Alcalá de Henares, cuando en Alcalá existía una de las Universidades más famosas de Europa, y muere en Madrid el 23 de abril de 1616 en una humilde casa de una callejuela, entonces apartada. Por lo tanto, su vida transcurre durante los reinados de Felipe II y III, o sea 1556 a 1621, excelsos momentos en que, según la frase consagrada, «en los dominios

de España no se ponía el sol», pero en los que ya se acentuaba la decadencia.

Desde niño, el autor del *Quijote* vive en un ambiente miserable y grandioso, mitad universitario e imaginativo —catedráticos y estudiantes—, mitad realista y agrícola —aldeanos y agricultores—, sin conocer otras industrias que las de herreros, carpinteros, tejedores, tundidores, talabarteros e impresores, y otras existentes en la localidad pero desconociendo en absoluto las demás manifestaciones del trabajo, sobre todo las grandes aglomeraciones obreras, que por entonces apenas existen. En cambio, conoce a fondo la vida ancha y libre de su tiempo sobre las desoladas tierras de España, especialmente las de Castilla y del Sur, y la vida estrecha del cautiverio africano; la vida de los cómicos, arrieros y pastores; la vida picaresca de los hampones, la vida militar y la civil, y, sobre todo, la judicial, con la que tuvo más tarde desgraciados encuentros. Andalucía entera, con toda su gracia y melancolía, alienta y palpita en las obras de Cervantes.

Asimismo es muy cierto que el autor del *Quijote*, en casi todas sus obras, menos en *Rinconete* y *Cortadillo* —en la que precisamente declara las condiciones necesarias para ser un buen oficial de su oficio—, deja adivinar sus preferencias aristocráticas, a las que, a pesar de toda su vida mísera, le arrastra su espíritu selecto; pero también lo es, que tanto Sancho como su Dulcinea son trabajadores del campo. En cambio, el hidalgo D. Alonso Quijano era pobre y ocioso, «tan dado a libros de caballería que olvidó de todo punto el ejercicio de la caza», hasta el momento en que Cervantes, como por arte de encantamiento, le convierte en el activo Don Quijote de la Mancha, que ya no descansa hasta que muere en la persecución de su ideal, mezclando sus interminables caminatas

a ras de tierra con sus fantásticos ensueños en las nubes: «Mis arreos son las armas, mi descanso el pelear».

Aquí ya empieza a manifestarse esa dualidad maravillosa que el autor imprime a toda su obra y a sus protagonistas, producto de su propia dualidad. A las ingeniosidades qui-jotiles opone las bufonadas sanchopancescas, y al lenguaje sencillo del escudero el altisonante de su señor, propio de los libros de caballería. Ante las duras realidades de la vida que se le presentan en todas partes (al igual que a Cervantes en la suya propia, tan accidentada y llena de trabajos), sueña con la existencia bucólica en una edad poética que nunca existió fuera de su fantasía; lo que, además de obligar a Don Quijote a pronunciar el célebre discurso ante los pastores, evocando los tiempos en que se desconocían las palabras «tuyo» y «mío», le obliga a él mismo a escribir *La Galatea*, novela pastoril a imitación de aquella *Arcadia* de Sannázaro, el verdadero creador del género, novela por la que siempre sintió un afecto particular, como hija de su florida juventud y acaso refugio perenne de su espíritu.

A pesar de la opinión despectiva de Valera sobre las profundidades ocultas del *Quijote*, la cuestión de si contiene una filosofía, y sin hacer referencia especial a la contenida en su refranero, que es importante, se ha suscitado muchas veces. En la actualidad, la creemos resuelta gracias a la aportación de mi estimado amigo el P. Rubio, en su curioso libro publicado en Nueva York con ese título. Este sostiene que: «si se entiende aquélla como un sistema ordenado rigurosamente para explicar estos dos grandes misterios, el hombre y el Universo, desde luego que no; pero que si entendemos la palabra filosofía en un sentido más amplio, como norma interpretativa de la vida y manera de considerarla en su completa

variedad, entonces ciertamente que existe a todas luces». Aunque creemos conveniente advertir que la interpretación cervantina del Universo no es todo lo completa ni profunda que fuera de desear, pues tanto Cervantes como Don Quijote no eran omniscientes e ignoraban muchas cosas, entre ellas la santidad y obligatoriedad del trabajo.

Lo verdaderamente incuestionable es el parecer de la mayoría de los críticos de todos los países, coincidentes en que el mérito cierto de Cervantes estriba en haberse percatado de que, en el hombre, existe siempre una actividad interna con tendencias encontradas de pasiones, de odios, de amor, de envidias, de ambición y sueños que le agitan desde la cuna al sepulcro, y haber sabido reflejar estas antítesis en todos los personajes que aparecen en el libro inmortal, aun en los más absurdos, con lo que dejan de ser abstracciones puras para convertirse en realidades. Tal manera de hacer no quiere decir que abandone la naturaleza humana a sus instintos primarios, sino que, como buen creyente, concebía a la humanidad como sujeta a los dictados de la Providencia y dentro de un progreso continuado en busca de su último fin. Lo que no resulta cierto es que el *Quijote* tenga un sentido esotérico impenetrable; antes al contrario, el *Quijote* es diáfano y claro, lo mismo para los instruídos que para los ignorantes, y aunque si bien es cierto, como decía Barbey d'Aureilly, que a veces tiene olor de ajos, también lo es que sabe a ambrosía.

Por otra parte, D. Alonso Quijano es el verdadero prototipo del caballero valiente, desinteresado, lleno de amor y de bondad —como debió querer serlo Cervantes, aunque no siempre lo consiguiera—, o sea el auténtico *gentleman*, según Navarro Ledesma. Ahora si, por fortuna nuestra, el noble caballero manchego fué un imaginativo que no acertaba a ver

la vida ordinaria tal como es, sino la suya, imaginada, depurada y excelsa, poseyendo la extraña virtud de que al escuchar sus razonamientos poco a poco nos contagia con sus delirios, hasta llegar a un punto en que nosotros compartimos una gran parte de ellos, y eso que Sancho constantemente, nos está llamando a la realidad. ¡Pocos serán los que al ir leyendo los episodios cómico-trágicos de su ascendenda existencia no se pregunten sorprendidos quiénes son los que viven una vida verdadera, si Don Quijote o los que de él se burían!

Claro está que un hombre de su contextura espiritual, prototipo de héroe, no puede ser un buen trabajador, sobre todo manual, en el sentido corriente de la palabra, ya que una cosa es vida y otra actividad; pero, sin embargo, ¡qué sentido común y qué conocimiento de la estructura de la sociedad y del trabajo se refleja en aquellos atinados consejos!: «después de a los padres, a los amos se ha de respetar como si lo fueren» (*Don Quijote de la Mancha*, parte 1.<sup>a</sup>, cap. II), o en este otro: «bien es que los hijos heredén y aprendan los oficios de sus padres» (*Don Quijote de la Mancha*, parte 2.<sup>a</sup>, capítulo V), así como qué experiencia de la vida en común no significa aquél de *El Licenciado Vidriera* cuando dice: «la honra del amo descubre la del criado».

Y ello es así, porque lo mismo que en todo ser humano puede haber una ideación abstracta y otra concreta, es preciso que en el mundo existan dos clases de actividades juntas o separadas: una actividad manual, propia de Sanchos, y otra intelectual, propia de Quijotes; actividades que a veces se oponen como los mundos que representan, aunque otras muchas se confunden y entremezclan, y cuando así lo hacen en proporciones justas, producen el tipo de hombre equi-

librado, hoy como entonces tan escaso, esto es: el Don Quijote-Sancho y el Sancho-Don Quijote íntimamente unidos.

Pero es más: decía el inglés Ruskin (y los ingleses son los que más hondo calan en lo que es trabajo y holganza), que el verdadero buen trabajador, en relación a la sociedad de que forma parte, es el que pone en vigor la justicia distributiva, y, en relación con las cosas, el que vigoriza la propiedad y la hace fecunda. De ser esto así, no es posible que haya nadie que supere en tal labor a Don Quijote, aunque séanos permitido añadir, para esclarecer tal pensamiento, que mientras sólo nos preocupemos de hacer cosas lucrativas, en lugar de justas, que también requieren trabajo y mucho trabajo, no habrá paz en la tierra.

### III

Casi en la España de nuestros días, a raíz de la pérdida de las colonias, se inicia una nueva etapa en la cual la nación sale de su letargo y comienza a reconstruirse, tanto física como espiritualmente; época que llega hasta el fatídico 1936, y que adquiere poco a poco una extraordinaria importancia, ya que durante ella se intentó transformar un país agrícola y ganadero en otro industrial al poner en explotación una parte de los tesoros naturales que guarda. Afortunadamente, tal industrialización fué sólo parcial, pues si hubiera sido completa, acaso en tal año, nos hubiera costado la existencia o, por lo menos, la soberanía.

Sin embargo, de lo que acabamos de decir sobre la característica esencial ganadera y agrícola de España debe tenerse muy en cuenta que nuestra agricultura no es tan prós-

pera como se cree y fuera de desear, por existir en ella una gran cantidad de terrenos desérticos incapaces de toda producción y, además, escasez de abonos y de regadíos. La principal riqueza, la del cultivo de los cereales, especialmente el trigo, es deficitaria, sobre todo en la actualidad, en que nuestra población alcanza una cifra aproximada a los treinta millones de habitantes. Ciertamente que en España se produce con abundancia vino, aceite de oliva, naranjas y limones patatas, garbanzos y frutas, y en ella ocupa la horticultura, con sus diversas industrias conserveras, el segundo lugar en el valor de la producción agrícola; pero todos estos productos, más la exportación de algunos minerales y ganados, no son suficientes para sostener equilibrada nuestra balanza mercantil.

También se crían en nuestras tierras plantas industriales, como la remolacha azucarera, el lino, el algodón, el cáñamo, el esparto, el tabaco y, muy recientemente, el eucalipto, del que se obtiene la seda artificial, las cuales al ser transformadas mecánicamente, han dado lugar a instalaciones de nuevas industrias. Pero, a pesar de ello, la que sigue teniendo gran importancia, que aún podría ser mayor, es la ganadería, si es que podemos considerarla como tal industria, ya que solamente el vacuno pasa de los tres millones de cabezas y el bovino de los treinta millones. Ahora bien: lo mismo que con la agricultura ocurre con la exagerada valoración de nuestro patrimonio forestal, que si bien es importante su explotación, por dificultades desconocidas, tampoco es lo remunerador que fuera de desear. Esto no obstante, pasan de cuatro millones los obreros hoy ocupados únicamente en menesteres agrícolas y ganaderos, a pesar de la atracción de las ciudades que deslumbran.

De todos modos es indudable que durante lo que va de siglo los españoles hemos realizado un gran esfuerzo en el orden industrial, merced al aumento de los ferrocarriles y otras vías de comunicación terrestres o marítimas, canalización de ríos y construcción de saltos de agua, montaje de centrales eléctricas, instalaciones de fundición de hierro, fabricación de cemento, de abonos, de azúcar, de ladrillos, de papel, de muebles; construcción de vagones, barcos, automóviles, aeroplanos y aparatos de precisión; explotaciones de minas y canteras, industrialización de la pesca, etc., lo cual ha producido la aglomeración de masas obreras en lugares determinados, la creación de nuevos centros y formas de trabajo y un cambio completo en la estructura económica nacional, originando todo ello una legislación a este propósito de las más adelantadas de Europa.

Ante estos hechos ciertos, nos parece ocioso volver a insistir aquí en que el trabajo realizado en nuestros días es distinto del que se realizaba en el siglo XVI. Entonces, aunque tenía una duración de sol a sol, como ocurría en todas las partes, no estaba mecanizado; la mano imprimía en la obra una buena parte de la personalidad del operario, y las relaciones entre patrono y obrero eran directas y, por lo tanto, humanas. El maestro, por lo general, dirigía su labor, se recreaba en ella sin apremios de tiempo, sintiéndose además sujeto con vínculos de sangre al pueblo o ciudad en que trabajaba, que era, por lo común, el de su nacimiento y el de los de sus hijos. El taller y el oficio unía a los oficiales y aprendices y se protegían mutuamente del infortunio; la perfección del mismo los estrechaba más aún, creando entre ellos lazos de afecto y un sentido de dignidad común al ver alabada

la obra que salía de sus manos. Entre la manera de vivir de unos y otros no había grandes diferencias.

Por el contrario, el obrero de hoy, desarraigado, sin deseo de constituir una familia, odiando muchas veces la industria en que trabaja, al sentirse, sobre todo en las sociedades anónimas, convertido en cifra, escasamente se encuentra satisfecho: le falta el aliciente de la obra terminada, le falta la interior satisfacción, le faltan muchas veces, en períodos de crisis y huelgas, los medios materiales de subsistencia. Pero, además, este obrero, cuando es inteligente, se siente como encadenado a una labor rutinaria y poco retribuida que le roba todas sus energías, al mismo tiempo que contempla la vida ociosa de otros privilegiados de la fortuna que hacen ostentación de sus riquezas, muchas veces adquirida a su costa. De aquí que, excitado por una propaganda subversiva, a veces estalle en explosiones de violencia contra una sociedad frívola que no quiere percatarse de sus necesidades. Como si esto fuera poco, en el caso del obrero español existe algo más que viene a complicar el problema, y es su temperamento, el cual le impide llevar a cabo durante mucho tiempo una serie de operaciones mecánicas iguales y continuas que pueden practicar, y hasta con gusto, un alemán o un inglés. Esto es muy superior a sus fuerzas y a su modo de ser, pues si bien en todas partes las máquinas, al privar de espíritu al trabajo producen trastornos, en España, al disminuir las diferencias entre el obrero cualificado y el que no lo es, da lugar a una situación agravada de incuria y desaliento.

Ya en este punto conviene advertir no ser cierto, como algunos suponen, que nuestro obrero no ame al trabajo, ni mucho menos. En España, antes, ahora y siempre, se trabajó mucho y bien, ya en el campo, ya en la ciudad. Lo que

ocurre es que este obrero español, más fino de temperamento e inteligencia que el de otros países, siente marcada repugnancia a toda la disciplina impuesta obligándole a un esfuerzo en común o a un horario estricto u otra serie de limitaciones que anulan su libertad y su personalidad. Pero cuando tiene éstas, cuando se siente dueño de sí y de sus actos, entonces, sin exageración de ningún género, puede afirmarse que es uno de los mejores trabajadores del mundo.

Unase a todo lo dicho el que los españoles, por lo general, no comprendemos ciertos procedimientos absurdos, tal como el *Stajnovismo* y otros semejantes, los cuales consideran el ser humano como una máquina de la que se necesita sacar pleno rendimiento, procedimientos que, además de un error, constituyen una herejía, y se comprenderá el odio justificado del trabajador celtíbero por todos los sistemas llamados hipócritamente de racionalización del trabajo, como es el de Taylor, mediante el cual, al parecer, logró cargar un obrero 47 toneladas de fundición en un día, en lugar de 12, de lo que estaba muy orgulloso su inventor. El hecho no necesita comentarios.

¿Cuál hubiera sido la admiración de Don Quijote si en estos tiempos llamados de progreso y civilización hubiera podido ver generalizados estos nuevos métodos de trabajo forzoso que eran los excepcionales usados en los suyos?

Téngase en cuenta, además, que aquellos remeros cautivos que nos describe Cervantes, los que divisaron al dar vista a la ciudad de Barcelona Don Quijote y Sancho, habían cometido un delito y estaban expulsados de la sociedad, que les consideraba perjudiciales. ¿Pero qué delito ha cometido el obrero actual para verse en la imposibilidad de formar un hogar y ser un miembro útil de la Patria, con derechos y obligaciones recíprocos?

## IV

Al llegar a este punto, es posible que alguien pregunte: ¿pero qué relación directa tiene el trabajo con Don Quijote? Pues ciertamente que la tiene, y mayor de la que a primera vista puede parecer, ya que, como hemos dicho, el verdadero trabajo del hombre es el de ser justo, y en esto Don Quijote fué modelo. Pero, además, la obra de Cervantes es una completa novela social que refleja la vida de una época histórica determinada, con todas sus complejidades de oficios, profesiones, clases y estamentos, con toda la rica trama de actividades propias de un pueblo organizado y audaz que logró descubrir medio Universo, poblarlo y civilizarlo, llevando a él, por añadidura, la religión y el idioma, labradores, carpinteros, herreros, albañiles y, lo que es más notable, el primer Código de Trabajo que se conoce. Nuestro descubrimiento de América es buena prueba, tanto de nuestro espíritu quijotil como de la existencia en España de oficios manuales a que Cervantes en su libro hace referencia, en particular al de los impresores (del que Don Quijote habla en Barcelona con demasiado acierto para ser un hidalgo manchego), y de otros muchos que no se nombran, pero que se sobreentienden, propios de todas las actividades laborales necesarias en aquella época.

Pero, a mayor abundamiento, tenemos una contraprueba definitiva de esta realidad en los apuros que pasa Sancho Panza para gobernar su ínsula fantástica y limpiarla de vagos y pícaros, pues, como dice en uno de aquellos momentos de su vida en que andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos, «quiero que sepáis que la gen-

te baldía y perezosa es en la república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen», y, en consecuencia, intenta expulsarla, aunque suponemos fracasara en el empeño (cap. XLIX de la 2.<sup>a</sup> parte del *Quijote*). No creyendo oportuno el pasar de aquí sin hacer una mención especial al hecho de que precisamente en esta ínsula que crea Cervantes para mostrarnos a lo vivo la doble personalidad sanchopancesca, desde otro punto de vista, procura acumular toda suerte de simulaciones de la vida corriente y moliente, como no lo intentó en el resto del libro, en que también combina poesía y realidad, ya que, además del aludido propósito del escudero-gobernador de mejorar el ambiente social, juzgó con acierto el caso del «sastre examinado», que, por cierto, le prometió dar la obra a «vista de veedores de oficio»; el de la mujer que se dijo forzada sin haberlo sido, el del préstamo usurario y engañoso y otros análogos, pues hasta, como es sabido —y esto es lo más importante al objeto de nuestro estudio—, Sancho trató de poner tasa a los salarios de los criados e «hizo, en fin, cosas tan buenas y acertadas para la comunidad que hasta hoy se guardan en aquel lugar nombrándolas Constituciones del gran Gobernador Sancho Panza», como se dice con humor y gracejo cervantinos.

Por lo tanto, no es extraño que esta gran complejidad humana sobre la que Cervantes apoya el andamiaje de su libro no necesite comentarios precisos ni detalles particulares de cómo se construyen los caminos y los puentes, se levantan las casas y los palacios, se fabrican los aperos y las armas, se tejen los trajes, se confeccionan los arreos de las caballerías, y menos se necesita explicar el funcionamiento de los gremios existentes en las grandes ciudades, por las que ni

Don Quijote ni Sancho sienten una gran estima; no así el «glorioso manco», que, aunque el destino le obligó a vivir andariego, era hombre ciudadano más que rural, de pensamiento más que de acción y de biblioteca más que de campo, sobre todo en sus últimos años. Todos suponen que aquello fué lo común en la España de entonces, y lo que no sólo nos describen los excelentes historiadores que tanto abundan, sino los literatos extraordinarios, algunos tan famosos como Lope de Vega, Quevedo y Calderón, y en especial aquel Cristóbal Suárez de Figueroa en su precioso libro titulado *Plaza Universal de Ciencia y Arte*.

Las circunstancias particulares de estas manifestaciones tampoco creemos necesiten muchos comentarios. En aquella sociedad en crisis espiritual tan grave y parecida a la que ahora atravesamos —ya que se trataba de insertar nuestro espíritu cristiano dentro del paganismo renacentista—, había trabajadores agremiados y trabajadores sueltos, trabajo libre y trabajo forzoso; había vagos, hombres industrioses, perularios y ahorradores, hombres buenos y malos; había, como hemos dicho, aprendices, oficiales y maestros, para los cuales el obrador medieval no era siempre el paraíso que suponen los que ven el pasado con cristales de aumento y el presente con otros de disminución. Lo que aún no había era esa cosa nefasta e incomprensible, fruto de la ambición desmedida y bárbaramente denominada *agiotaje*, que permite vivir sin trabajar y acumular oro. Oro, merced al cual todavía existen incautos que creen poder alcanzar en este mundo una pretendida felicidad inasequible, dándose la extraña paradoja de que en pleno auge marxista se vuelva a creer en una nueva Edad Dorada, tan fantástica como la clásica, pero toda-

vía más irreal, cuando el verdadero oro que aporta la felicidad es sólo el trabajo, sobre todo, si se hace en paz y con amor.

\* \* \*

Para concluir: hay en el Quijote un detalle que para muchos pasa inadvertido. Nos referimos a las pocas alusiones que suelen hacerse al dinero, del que Cervantes estuvo siempre tan necesitado, si se prescinde de las veces que se saca a relucir en los casos judiciales que ha de resolver Sancho en la Insua fantástica, más que nada para contraponer la realidad a la fantasía, y utilizar la ley del contraste, en que radica el secreto de su técnica. Como hecho a propósito, estas alusiones casi siempre se refieren a gentes de baja condición y, en particular, a Sancho y su mujer, que le desean poseer con un ansia infantil, «venga de donde viniere». Don Quijote, por el contrario, le desprecia, y ello es natural. Ningún hombre inteligente y bueno puede hacer del dinero, que es un arma falsa de doble filo, objeto de culto. El dinero, hoy como siempre, lleva en sí algo maldito, contaminador, como hijo de aquel pueblo fenicio que tanto contribuyó a corromper los pueblos aborígenes que, aunque ya conocían el «tuyo» y el «mío», desconocían la moneda.

Pero es más: relejendo cuidadosamente el *Quijote*, la obra que, sin duda, escribió Cervantes para alivio de sus pesares, el libro mágico del paisaje sin paisaje, como del trabajo sin trabajo, el *vademecum* del hombre cabal, escrito no para España únicamente, sino para el mundo entero, se llega a la convicción de que su héroe está en lo cierto al sospechar la existencia de ciertas fuerzas misteriosas y nocivas de que

se habla en los libros de caballerías. Lo malo es que tales fuerzas nefastas, aunque con distintos nombres e impulsos, han existido en todos los tiempos y, lo que es más grave, siguen existiendo, bien a nuestro pesar.

Ellas, las de hoy, también contrarias a los modernos caballeros andantes, incitan a todos los que tienen alma de escuderos al goce ilimitado de los bienes materiales de la vida, a la busca de una absoluta felicidad terrena y a vivir del trabajo de los otros. De aquí que mientras no dignifiquemos éste, mientras no le inyectemos poesía y entusiasmo, quijotismo, en fin, no podemos lograr una nueva sociedad más humana y más justa en la que, además de lo «tuyo» y lo «mío», haya lo común, lo «de todos», sin exclusivismos ni pretericiones, y menos con abusos.

LEÓN MARTÍN-GRANIZO